

Post-print version. Aurora Bosch e Ismael Saz (eds.): *Izquierdas y derechas ante el espejo. Culturas políticas en conflicto*, València, Tirant lo Blanch, 2016, pp. 91-118.

## Tambores de guerra y lágrimas de emoción. Nación y masculinidad en el primer republicanismo

Xavier Andreu Miralles

[91] En 1846 Antonio María Esquivel concluyó el que sería su cuadro más famoso, *Los poetas contemporáneos. Una lectura de Zorrilla en el estudio del pintor*. Esquivel reunió ficticiamente en su estudio a 43 personalidades del parnaso romántico español, repartiéndolas por la sala en torno a la figura del poeta vallisoletano, a quien otorgaba así la primacía. Esquivel no consideró digna de formar parte de un grupo tan selecto a ninguna mujer, subrayando de este modo el carácter masculino de la "hermandad literaria" de la época romántica. Como ha destacado la crítica feminista, en la España liberal tomar la pluma era "cosa de hombres"<sup>1</sup>. El cuadro de Esquivel, en el que se echan en falta mujeres de reconocido prestigio —como Gertrudis Gómez de Avellaneda o Carolina Coronado—, al tiempo que lucen su presencia hombres que no pasaron de la medianía literaria, pone de manifiesto [92] el intento de excluirlas de lo que comenzaba entonces a conocerse como "alta literatura"<sup>2</sup>.

No obstante, la injustificada ausencia de otros escritores varones nos advierte también de que las líneas de fractura existentes en el campo cultural de la España posrevolucionaria no eran tan sólo las que separaban a hombres y mujeres. Como hizo

---

1 Aunque algunas mujeres consiguieron aprovechar los resquicios y ambivalencias presentes en los discursos de género disponibles para subvertirlos o adaptar a ellos sus anhelos literarios; Susan Kirkpatrick, *Las Románticas. Escritoras y subjetividad en España, 1835-1850*, Madrid, Cátedra, 1991; Alda Blanco, *Escritoras virtuosas: narradoras de la domesticidad en la España isabelina*, Granada, Universidad de Granada, 2001; Pura Fernández y Marie-Linda Ortega (eds.), *La mujer de letras o la letraherida: discursos y representaciones sobre la mujer escritora en el siglo XIX*, Madrid, CSIC, 2008; Mónica Burguera, *Las damas del liberalismo respetable. Los imaginarios sociales del feminismo liberal en España (1834-1850)*, Madrid, Cátedra-Universitat de València, 2012. Sobre la "hermandad literaria" masculina de la España de las décadas centrales del siglo, María Sierra, *Género y emociones en el Romanticismo. El teatro de Bretón de los Herreros*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico-CSIC, 2013, pp. 17-25.

2 Véanse también, a este respecto, Alda Blanco, "Gender and National Identity: The Novel in Nineteenth-Century Spanish Literary History", en Lou Charmon-Deutsch y Jo Labanyi (eds.), *Culture and Gender in Nineteenth-Century Spain*, Nova York, Oxford University Press, 120-136; Wadda C. Ríos-Font, *The Canon and the Archive. Configuring Literature in Modern Spain*, Lewisburg, Bucknell University Press, 2004.

notar Juan Martínez Villergas en un mordaz artículo que tituló "Cuadro de pandilla", Esquivel había incluido en su estudio a personajes de dudosa calidad literaria, pero de conocida filiación moderada, al tiempo que había "olvidado" inexplicablemente a autores de talla indiscutida –Antonio García Gutiérrez o Mariano José de Larra, por ejemplo– y "descuidado" completamente a los representantes de géneros tan importantes como la sátira política o la novela social<sup>3</sup>. La crítica de Villergas no iba desencaminada. El cuadro de Esquivel forma parte del proceso de articulación, en la España posrevolucionaria, de un nuevo campo cultural que reelaboró bajo la hegemonía moderada el canon literario, y que intentó desplazar a los márgenes a determinados géneros considerados "populares" y a las interpretaciones más comprometidas del romanticismo –del que parecía tan sólo salvable el caballeresco, católico y castellano que encarnaba Zorrilla<sup>4</sup>. Otras consideraciones, como las tendencias políticas o los modelos de sociedad propuestos –que incluían también formas diversas de entender la relación entre los sexos, la feminidad y la masculinidad–, resultaban igualmente relevantes para excluir a determinados autores del canon moderado.

[93] En relación con esto, cabe recordar que la "masculinidad hegemónica" de una sociedad y un tiempo determinados no sólo sirve para estructurar y legitimar las relaciones de poder que se establecen entre los hombres y las mujeres, sino también las existentes entre los diversos modelos de masculinidad siempre presentes<sup>5</sup>. En este sentido, *Los poetas contemporáneos* puede ser también contemplado haciendo uso de otra clave interpretativa. John Dowling llamó la atención hace años sobre un aspecto interesante del lienzo. Las figuras situadas en el centro de la composición son, además del propio pintor, el triángulo formado por los poetas dramáticos José Zorrilla y Ventura de la Vega, y por Julián Romea, el apuesto galán que dominaba entonces los escenarios españoles. Dowling se preguntó si el pintor no estaría de algún modo remitiendo al debate que suscitó la puesta en escena del *Don Juan Tenorio* de José Zorrilla (estrenado

---

3 Salvador García Castañeda, "Juan Martínez Villergas y un cuadro de Esquivel", *Revista de estudios hispánicos*, VII-2 (1973), pp. 179-192.

4 Xavier Andreu Miralles, "La cultura", en Isabel Burdiel (coord.), *España. La construcción nacional*, Madrid, Fundación Mapfre, 2012, pp. 369-396.

5 El concepto de "masculinidad hegemónica" en, R. W. Connell, *Masculinities*, Oxford, Polity Press, 1995. Una revisión actualizada del concepto en, John Tosh, "Hegemonic masculinity and the history of gender", en Stefan Dudink, Karen Hagemann y John Tosh (eds.), *Masculinities in Politics and War. Gendering Modern History*, Manchester, Manchester University Press, 2004.

en el Teatro de la Cruz de Madrid el 28 de marzo de 1844 e interpretado por Carlos Latorre), a quien replicó Ventura de la Vega con su comedia *Un hombre de mundo*. En esta última, estrenada en el Príncipe el 2 de octubre de 1845 con Romea haciendo el papel protagonista, se nos presenta a un antiguo "Don Juan" totalmente reformado tras haberse arrepentido de su vida pasada y de haber llegado a apreciar finalmente las virtudes del matrimonio<sup>6</sup>. Diversos especialistas han señalado cómo esta polémica formó parte de un debate más amplio en torno al legado del romanticismo español y de la revolución liberal en el que el eje de la discusión se situó en perfilar los rasgos que debían adornar el yo (masculino) posrevolucionario. Si el *Don Juan Tenorio* de Zorrilla había redimido de su pasado al libertino imperturbable de la tradición literaria española tras enamorarlo de la cristiana doña Inés, *Un hombre de mundo* de Ventura de la Vega dio otra vuelta de tuerca al personaje, convirtiéndolo en motivo de escarnio [94] por su ridiculez y proponiendo en su lugar el modelo burgués del hombre doméstico<sup>7</sup>.

Las implicaciones políticas del debate son evidentes. Lo que estaba en juego era la normativización de las conductas públicas y privadas de los ciudadanos españoles, aquellas sobre las que debía descansar el nuevo edificio político liberal. En este sentido, Andrew Ginger ha señalado que, en el fondo, las propuestas de Zorrilla y de Ventura de la Vega no diferían tanto entre sí. Más bien eran modulaciones de una misma respuesta a un problema común a todo el moderantismo: cómo conjurar el sujeto radical y revolucionario que había estado tan presente durante la década anterior y que amenazaba con destruir el orden social. El *Don Juan Tenorio* de Zorrilla planteaba reconstruir la sociedad sobre la base de un sentimiento compartido, la compasión universal, siguiendo la estela del también moderado Enrique Gil y Carrasco. La liberación de los sentimientos había contribuido a derrocar el Antiguo Régimen, pero sus excesos habían hecho tambalearse todo el edificio social. No obstante, la experiencia había sido necesaria y, en el fondo, positiva: sólo tras haberla sufrido se estaba en disposición de reconocer la necesidad de establecer unos límites y unos valores, que Zorrilla situaba en una renovada moralidad católica. Ventura de la Vega no

---

6 John C. Dowling, "El anti-Don Juan de Ventura de la Vega", en Evelyn Rugg y Alan M. Gordon (coords.), *Actas del Sexto Congreso Internacional de Hispanistas (Toronto, 1977)*, Toronto, University of Toronto, 1980, pp. 215-218.

7 David T. Gies, *El teatro en la España del siglo XIX*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, pp. 187-190 y 234-244.

compartía esta valoración de la experiencia revolucionaria. Al protagonista de *Un hombre de mundo*, Don Luis, no le sirve de nada su pasado libertino. Al contrario, el peso de dicho pasado es el que está a punto de destruir su matrimonio. La liberación pública de las pasiones sólo conduce a la desestabilización del orden social, por lo tanto, deben recluirse en el espacio doméstico. Al igual que Juan Donoso Cortés y un sector del moderantismo de principios de los años 1840, Ventura de la Vega consideraba que el pasado revolucionario era completamente descartable para la nueva sociedad liberal<sup>8</sup>.

[95] Ahora bien, sería un error identificar simplemente el modelo de masculinidad que propugnaban los moderados entonces en el poder con el "hegemónico" de la España que justo finiquitaba la revolución liberal. En todo caso, la polémica referida remite a la pugna por establecer dicho modelo como hegemónico. Para los moderados, acallar las voces de los partidarios de otros proyectos sociales y políticos era más difícil que excluirlos de un cuadro de personalidades literarias, especialmente en una esfera pública que se había ampliado notablemente y en un nuevo mundo cultural regido ahora por criterios mercantiles. De hecho, el *Don Juan Tenorio* no tuvo un éxito comparable, el año de su estreno, a *Españoles sobre todo*, del republicano Eusebio Asquerino, en el que se defendía una masculinidad también posromántica, pero deudora de la tradición revolucionaria<sup>9</sup>. Unos modelos que se difundían también a través de los artículos de costumbres o mediante la incipiente novela social, en cuya introducción en España jugaron un papel esencial destacados representantes de la cultura política del radicalismo democrático<sup>10</sup>. El propio Martínez Villergas participó en el debate desde las páginas de *El Fandango*. Aunque su sátira "Don Tadeo" apareció unos meses antes del estreno de *Un hombre de mundo* de Ventura de la Vega, el objeto de su ataque es el ideal de "hombre doméstico" que este último defendió, y que Martínez Villergas retrata en su

---

8 Andrew Ginger, *Liberalismo y Romanticismo. La reconstrucción del sujeto histórico*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2012, pp. 200-215; M<sup>a</sup> Cruz Romeo, "Domesticidad y política. Las relaciones de género en la sociedad posrevolucionaria", en M<sup>a</sup> Cruz Romeo y María Sierra (coords.), *Las culturas políticas en la España liberal 1833-1874*, Madrid, Marcial Pons-Prensas Universitarias de Zaragoza, 2014, pp. 121-129.

9 Cabe recordar, en este sentido, que la enorme popularidad del *Tenorio* de Zorrilla, que alcanzaría cotas sin precedentes en la escena española, sólo se produjo muchos años después, ya en la década de 1860.

10 Sobre los contornos de esta cultura política son imprescindibles Román Miguel, *La Pasión Revolucionaria. Culturas políticas republicanas y movilización popular en la España del siglo XIX*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007; y Florencia Peyrou, *Tribunos del pueblo. Demócratas y republicanos durante el reinado de Isabel II*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2008.

artículo como un ser casi emasculado. El escritor republicano ridiculiza a los hombres dóciles que aguantan "el yugo tiránico de las mugeres hasta el punto de dejarlas llevar los calzones" y que considera "muy á propósito para el oficio de casados". Don Tadeo, un hombre pacífico y emprendedor, [96] que trabaja quince horas al día y fuma sólo cuando se lo permite su esposa, de quien recibe lapsos, engaños y algún que otro latigazo, sería el reverso del Don Juan de Zorrilla, Dumas o Byron. Villergas, tocayo de todos ellos, no presume entrar en la categoría de estos últimos, ni quiere hacerlo, pero tampoco desea, concluye, que se le confunda con los "Juanes cándidos" que se intentan alzar como sus contramodelos<sup>11</sup>. Aunque la masculinidad defendida desde el radicalismo democrático posrevolucionario coincide en numerosos aspectos con la de las diversas culturas políticas de la gran familia liberal, posee rasgos distintivos que me propongo analizar en las páginas que siguen<sup>12</sup>. Uno de ellos sería su fidelidad al ideal revolucionario del hombre patriótico: un hombre político y muy varonil, que toma las armas para regenerar (revirilizar) una nación corrompida. Por otro lado, este ideal no estaría reñido con un determinado modelo de "hombre de bien" sentimental, de raíces dieciochescas, cuya moral privada es el fundamento irrenunciable de su condición de ciudadano.

### *Tambores de guerra*

Los procesos revolucionarios liberales iniciados en las últimas décadas del siglo XVIII a ambos lados del Atlántico se basaron en un nuevo modelo de masculinidad que se definió por la participación política y por la democratización del derecho a portar armas en defensa de la patria. Los liberales adaptaron a los nuevos tiempos –y a la

---

11 Juan Martínez Villergas, "Don Tadeo", *El Fandango*, 15-VI-1845, pp. 107-110. Este autor había escrito también un texto satírico en el que se burlaba de doña Inés que, a pesar de todas las maldades de Don Juan, le seguía amando, e ironizaba sobre la poco creíble transformación del personaje de la obra de Zorrilla a quien, no obstante, no aludía directamente; Juan Martínez Villergas, "Un tronera. Diablura romántica", en Wenceslao Ayguals de Izco y Juan Martínez Villergas, *El cancionero del pueblo*, Madrid, Sociedad Literaria, 1845, tom 5, pp. 167-198.

12 El grueso del análisis lo conforman las principales novelas sociales que estos autores publicaron en la España de los primeros años de la década moderada (Juan Martínez Villergas, *Los misterios de Madrid*, Madrid, Establecimiento Artístico-Literario de Manini y Compañía, 1844; Alfredo García Tejero, *El pilluelo de Madrid*, Madrid, 1845; Wenceslao Ayguals de Izco, *María o la hija de un jornalero*, Madrid, Sociedad Literaria, 1845-1846 y *La marquesa de Bellaflor o el niño de la inclusa*, Madrid, Sociedad Literaria, 1847-1848), así como algunas de las piezas teatrales más conocidas de Eusebio Asquerino y la prensa satírica y literaria vinculada con esta cultura política.

nueva comprensión lineal del tiempo— la tradición del republicanismo cívico, según la cual las repúblicas se veían amenazadas cíclicamente por la corrupción (feminización) de sus ciudadanos y de sus instituciones, por lo que necesitaban ser regeneradas (virilizadas) recurrentemente. En la retórica revolucionaria de la Europa del cambio de siglo, la lucha contra la tiranía (autóctona o extranjera) y las ansias de transformación social y política se articularon en un lenguaje que asociaba la libertad y el bienestar de la patria con una nueva masculinidad heroica, que adoptó no obstante formas diversas. Mediante un lenguaje de las emociones que erotizaba la relación afectiva que debían mantener los ciudadanos varones respecto a su "madre patria", se apelaba a su movilización inmediata y a su entrega absoluta. El ciudadano valeroso, sacrificado en aras de su patria, se convirtió en el principal mito desde el que proyectar los contornos de esta masculinidad<sup>13</sup>.

En la Europa revolucionaria, también en España, esta imagen del ciudadano en armas se difundió a través de cánticos, himnos, poemas, festivales, actos conmemorativos, piezas teatrales, etc. y fue fundamental en la movilización patriótica de aquellas décadas. En este sentido, la nueva masculinidad se militarizó y vinculó inextricablemente con los derechos políticos, de donde fueron excluidas tajantemente las mujeres<sup>14</sup>. Entre los sectores más fieles a los lenguajes revolucionarios de [98] principios del siglo XIX, la acción política —a través, por ejemplo, de las sociedades secretas— y la participación en la milicia fueron especialmente consideradas "cosa de hombres". Estos lugares se convirtieron en espacios de fraternidad en donde los "camaradas" llevaban a cabo su aprendizaje de la política, de la nación y de los valores masculinos. No es casual que quienes con más insistencia participaran e intentaran integrarse en estos espacios de sociabilidad masculina fueran jóvenes o adolescentes,

---

13 Stefan Dudink, Karen Hagemann y John Tosh (eds.), *Masculinities in Politics and War...*

14 Alberto M. Banti, *L'onore della nazione. Identità sessuali e violenza nel nazionalismo europeo dal XVIII secolo alla Grande Guerra*, Torino, Einaudi, 2005, pp. 102 y ss. En este proceso, en el que se articulaban interrelacionadamente nuevas identidades nacionales, políticas y masculinas, desempeñó un papel destacado la construcción de "héroes nacionales" que encarnaban los valores que eran ofrecidos como modelos. Véase, a este respecto, el magnífico trabajo de Lucy Riall, *Garibaldi. L'invenzione di un eroe*, Bari, Laterza, 2007. Para la España liberal, son muy interesantes las reflexiones sobre el caso de Espartero de, Adrian Shubert, "Being —and Staying— Famous in 19th-century Spain: Baldomero Espartero and the Birth of Political Celebrity", *Historia y Política* (en prensa); así como el análisis del intento de apropiación de la imagen del "combatiente patriótico" por parte del Ejército liberal en, Richard Hocquellet y Stéphanne Michonneau, "Le héros de guerre, le militaire et la nation", *Mélanges de la Casa de Velázquez* 38-1 (2008), pp. 95-114.

deseosos de formar parte del mundo de los adultos y a cuya juventud, que era la de la patria, apelaba a menudo el discurso revolucionario<sup>15</sup>. La implicación política y la iniciación militar –especialmente desde las filas radicales, que añadían el plus del desafío a la autoridad constituida– se convirtieron para ellos en polos de atracción que les permitían probar al mundo que ya eran hombres<sup>16</sup>.

[99] Ejercer como ciudadano de pleno derecho requería una prueba más de virilidad: sólo aquellos hombres capaces de formar una familia y gobernar un hogar –lo que implicaba también ser propietarios o, al menos, capaces de ganarse el pan– estaban legitimados para participar con plenas garantías e independencia de la vida política nacional. Para todos los liberalismos europeos, incluidos los más radicales, la familia monogámica y heterosexual era la unidad básica de la sociedad y la que aseguraba la correcta formación moral de sus individuos<sup>17</sup>. En la Europa posrevolucionaria, los sectores partidarios de poner freno a lo que consideraban excesos políticos y sociales acaecidos durante las décadas anteriores, pusieron el énfasis, en su intento de reconstruir el orden social, en la figura de un padre de familia moralmente íntegro, libre y económicamente independiente. En su opinión, los revolucionarios habían cometido graves errores. Por ejemplo, el haber establecido una relación demasiado estrecha entre

---

15 Martínez Villergas, por ejemplo, describe en *Los misterios de Madrid* unas jornadas revolucionarias en la capital mediante la narración de la gesta de un grupo de jóvenes liberales que salen a la plaza de Santa Ana desafiando a la autoridad al grito de "¡A las armas ciudadanos! ¡A las armas!! ¡viva la libertad!!! Y como por encanto la plaza se va llenando de jóvenes valientes, de liberales bravos, que abandonando los unos a sus padres, los otros a sus familias, a sus hermanos, a sus queridas, corren a empuñar denodados las armas de la patria, ansiosos de medirlas con los enemigos de la libertad, proclamando con ardor los santos derechos del pueblo"; Juan Martínez Villergas, *Los misterios de Madrid*, tomo 3, p. 6.

16 Anne-Marie Sohn, "Nation et apprentissage de la masculinité. L'exemple des jeunes Français au XIXe siècle", *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 42-2 (2012), pp. 143-160. La imagen del joven tambor miliciano vertiendo orgullosamente su sangre en defensa de la patria fue uno de los lugares comunes de toda la retórica liberal-patriótica europea del siglo XIX; véase, Karen Hagemann, "German heroes: the cult of the death for the fatherland in nineteenth-century Germany", en Stefan Dudnik, Karen Hagemann y John Tosh (eds.), *Masculinities in Politics...*, pp. 116-134. Ayguals de Izco se hace eco del asesinato real de un joven tambor acontecido en Madrid en agosto de 1835, al que incluso hace partícipe de la ficción novelesca al presentarlo como uno de los hijos de Anselmo el *arrojado*; Wenceslao Ayguals de Izco, *María, o la hija...*, tomo 1, p. 124. Sobre los componentes distintivos de la masculinidad liberal en la Francia decimonónica tal y como eran articulados en relación con los hombres jóvenes, Anne-Marie Sohn, *"Sois un Homme!" La construction de la masculinité au XIXe siècle*, París, Seuil, 2009.

17 Véase, para el liberalismo español en su conjunto, M<sup>a</sup> Cruz Romeo, "Domesticidad y política...". Una reflexión en este mismo sentido para el caso específico del radicalismo democrático en, Florencia Peyrou, "Familia y política. Masculinidad y feminidad en el discurso democrático isabelino", *Historia y Política*, 25 (2011), pp. 149-174.

pasiones privadas y virtudes públicas, lo que se había demostrado a sus ojos enormemente peligroso. El Terror era invocado como su consecuencia más dramática. El ámbito político debía estar gobernado sólo y exclusivamente por la razón, no por los sentimientos, que debían encerrarse en el ámbito doméstico o en los espacios propios de la creación artística y literaria<sup>18</sup>. Los revolucionarios habían dado protagonismo a sectores sociales que eran incapaces de poner freno a sus pasiones. Por ello, el liberalismo posrevolucionario intentó reformular el modelo de masculinidad asociándolo fundamentalmente a toda una serie de nuevas prácticas "respetables". De este modo, se restringían los derechos políticos y se establecía como marco de referencia un modelo de masculinidad asociado a las clases medias ascendentes<sup>19</sup>. El nuevo ideal de ciudadano se fundaba en la imagen de **[100]** un hombre doméstico, capaz de controlar sus pasiones y de contribuir con su esfuerzo, sosegadamente y desde su hogar, a la prosperidad nacional<sup>20</sup>.

Al mismo tiempo, desde el liberalismo moderado se empezó a desprestigiar el modelo de masculinidad revolucionaria, acusándolo de excesivo y responsabilizándolo de perturbar el orden social. El artículo "El patriota", que redactó Ignacio de Castilla para la colección costumbrista *Los Españoles pintados por sí mismos* (1843-44), es ilustrativo a este respecto. El autor sitúa el noble origen de este tipo en la guerra de la Independencia, pero considera que desde entonces ha degenerado. Los que llama patriotas de 1820 y de 1843 "han servido siempre maravillosamente para desorganizar el país", además de "conducirnos por términos de sus desbarros al mas intolerable despotismo". El atributo que más los caracteriza es una violencia desbordante: se distinguen del común de los mortales, según Castilla, por su "fiereza". Sus proclamas y discursos son calificados de peroratas sin sentido que les asemejan a "un furioso puerco espin lanzando puas en todas direcciones". Además, Castilla los retrata como cobardes, pues promueven desórdenes desde la segunda fila e intentan aprovecharse

---

18 William M. Reddy, *The Navigatin of Feeling. A Framework for the History of Emotions*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001, pp. 211-256.

19 George L. Mosse, *Nationalism and Sexuality. Respectability and Abnormal Sexuality in Modern Europe*, Nova York, Howard Fertig, 1985; John Tosh, *A man's place: masculinity and the middle-class home in Victorian England*, Londres, Yale University Press, 2007.

20 Este proceso, no obstante, no fue ni sencillo ni unidireccional. Estuvo abierto a una pluralidad de propuestas, especialmente en los años revolucionarios de las décadas de 1830 y 1840, como señalan M<sup>a</sup> Cruz Romeo, "Domesticidad y política..." y María Sierra, *Género y emociones...*



posteriormente de sus resultados. De este modo, el autor de este tipo costumbrista se mofa de atributos que habían sido claves para el modelo de masculinidad revolucionaria y, de hecho, lo feminiza. Aunque varón, es incapaz de controlar sus pasiones violentas. Además, según Castilla, los modernos "patriotas" no tienen nada del sentido común y la inteligencia que se requiere en la sociedad posrevolucionaria: su tenacidad no es tampoco ningún valor positivo, sino simplemente la muestra de que nada aprenden de la experiencia propia y ajena, que [101] muestra cómo de irrealizables son sus ideas. No son, concluye, más que modernos "caballeros andantes"<sup>21</sup>.

Los escritores vinculados al radicalismo democrático, para quienes la revolución y la salvación de la patria todavía no se habían cumplido, se caracterizaron, sin embargo, por no renunciar a un modelo de patriota que se define por una virilidad desbordante. En este sentido, las líneas que les separan del progresismo, que apeló también en estas décadas a la movilización política de las clases populares, resultan difusas<sup>22</sup>. Quizá, no obstante, se observa en estos autores una defensa más decidida del ideal revolucionario. En el drama histórico *¡Españoles sobre todo!*, que se convirtió en el gran éxito teatral de la temporada de 1844, su autor, Eusebio Asquerino, no renuncia a la tradición literaria liberal-patriótica de la década revolucionaria. El protagonista se presenta en este drama desde el principio dispuesto a exponer su vida para salvar con ello a una nación corrompida y afeminada. En la obra se atribuye la decadencia de España a la incapacidad del rey Felipe V de imponerse a las mujeres que le rodean (la reina y, sobre todo, la orgullosa y ambiciosa princesa de los Ursinos) en un ámbito, el de la política, que debería ser puramente masculino. Las consecuencias de su debilidad son que la nación está en peligro de ser dominada por intereses extraños<sup>23</sup>. Asimismo, por las [102]

---

21 "El patriota", en *Los españoles pintados por sí mismos*, Madrid, Imp. de Boix, 1844, vol. 2, pp. 134-141. En muchos aspectos, el tipo del patriota se asemeja al de "La Político-mana" redactado por Gabriel García Tassara en la misma colección. Sobre este texto, y sobre los vínculos en general entre política y hombría en la España liberal, véase María Sierra, "Política, romanticismo y masculinidad. Tassara (1817-1875)", *Historia y Política*, 27 (2012), pp. 203-226. Asimismo, se intentó desacreditar en similares términos a la milicia nacional que, como argumentaré posteriormente, era un espacio esencial en la conformación del modelo de masculinidad radical y revolucionario.

22 La figura de Espartero, enormemente popular, podía ser reivindicada, en este sentido, tanto por el progresismo como por el radicalismo democrático; Adrian Shubert, "Being –and Staying– Famous...".

23 El drama aludía de manera poco velada a la política contemporánea, por lo que generó desórdenes y fue finalmente prohibido en algunos teatros. El personaje de la princesa de los Ursinos podía ser interpretado como una especie de María Cristina, mientras que el debate que se establece sobre el matrimonio de la protagonista, María, aludía al que se desarrollaba entonces a propósito del enlace de las infantas españolas; David T. Gies, "Rebeldía y drama en 1844: *Españoles sobre todo*, de Eusebio

páginas de *María, o la hija de un jornalero* (1845-1846), la exitosa novela por entregas del también republicano Wenceslao Ayguals de Izco, desfilan una multitud de hombres apasionados cuya virilidad se asocia también a la presteza con que toman las armas y se sacrifican por su patria. El protagonista, Luis de Mendoza, es un modelo de belleza física y de elevación moral, dos elementos que aparecen siempre vinculados entre sí<sup>24</sup>, por lo que Ayguals no deja de ponderar una y otra vez su complexión atlética, su porte elegante o la regularidad de su forma física, elementos que destacan su "carácter varonil" y que lo muestran como dispuesto siempre para el combate. Luis, que se vanagloria de pertenecer a la milicia nacional, es un ejemplo de valor y coraje, como lo es el también miliciano Anselmo "el arrojado" (su futuro suegro), cuyo sobrenombre le fue otorgado por sus camaradas tras numerosas gestas en el campo de batalla. El valor se convierte en un elemento diferencial clave de este modelo de masculinidad: el buen ciudadano no retrocede jamás ante los males de la patria y observa con desprecio los peligros que le acechan. Morir en los "campos del honor" no es para él una desdicha, sino un privilegio<sup>25</sup>.

Por otro lado, el honor, un elemento transversal a los diversos modelos de masculinidad decimonónica, es también fundamental para el [103] "ciudadano en armas" de los republicanos. De hecho, es la defensa del honor personal, familiar o nacional –aunque a menudo todos ellos se confunden–<sup>26</sup> lo que indigna a los protagonistas y precipita la violencia. Si bien los autores situados en la órbita del radicalismo democrático consideran los duelos como una forma poco civilizada de

---

Asquerino", en *De místicos y mágicos, clásicos y románticos. Homenaje a Ermanno Caldera*, Messina, Armando Siciliano Editore, 1993, pp. 315-332. Sobre el complejo debate en torno al matrimonio de Isabel II, véase Isabel Burdiel, *Isabel II. Una biografía (1830-1904)*, Madrid, Taurus, 2010, pp. 159-244.

24 George L. Mosse, *La imagen del hombre: la creación de la moderna masculinidad*, Madrid, Talasa, 2001, pp. 50-68. Por su parte, la doblez moral de sus antagonistas es siempre subrayada en la novela mediante la descripción caricaturesca de sus cuerpos deformes y poco saludables, como en el caso del cura Fray Patricio.

25 Otro tanto ocurre con el pintor Miguel Ángel, protagonista de *Los misterios de Madrid* de Martínez Villergas. La entrega a una causa (aunque no se comparta) y la serenidad ante la muerte son destacados como rasgos fundamentales que definen la virilidad masculina; véanse, por ejemplo, el relato de Ayguals de Izco de la ejecución de Diego León o el de Martínez Villergas sobre la subida al cadalso de Luis Candelas; Wenceslao Ayguals de Izco, *La marquesa...*, tomo 1, pp. 370-383; Juan Martínez Villergas, *Los misterios...*, tomo 3, pp. 273-275.

26 Un elemento común a la literatura nacional-patriótica europea de todo el siglo XIX; Alberto M. Banti, *L'onore della nazione. Identità sessuali e violenza nel nazionalismo europeo dal XVIII secolo alla Grande Guerra*, Torino, Einaudi, 2005.

resolver los conflictos humanos y abogan a menudo por su desaparición, coinciden en señalar que si la ofensa traspasa los límites del honor no queda más remedio que batirse. Quienes los rehuyen o los convierten en una mascarada reciben indefectiblemente el apelativo de cobardes. Como escribe Ayguals, está lejos de abogar por "la barbárie de terminar todas las cuestiones á estocadas; pero así como toda persona de discrecion debe despreciar soberanamente las necias provocaciones de cualquiera soez espadachin que por pueriles incidentes trate de lucir su destreza en la esgrima; compromisos hay en el mundo que hacen del duelo una lamentable necesidad"<sup>27</sup>. En las obras de estos autores abundan también las disputas en las que lo que está en juego es el honor nacional, bien porque lo pone en duda un extranjero, bien porque lo cuestiona un afeminado compatriota. En *María, o la hija de un jornalero*, Luis de Mendoza se indigna ante los comentarios hirientes hacia su país de un grupo de comensales de la Fontana de Oro, entre ellos los de un español "desnaturalizado" (Fray Patricio), lo que precipita la acción, que se cierra con un duelo<sup>28</sup>.

En cierto modo, pues, Ayguals y el resto de escritores del primer republicanismo español parecen identificar los problemas de su patria con la corrupción (feminización) de sus valores morales. Un proceso que se habría producido tras siglos de despotismo teocrático, cuya in[104]fluencia alcanzaría hasta el mismo siglo XIX, a través de la oculta pero poderosa presencia de los frailes jesuitas, considerados el gran enemigo de España en buena parte de estos escritos. Fray Patricio, un taimado e hipócrita eclesiástico que hará todo lo posible por satisfacer sus deseos sexuales sobre la joven María o su hermano Bonifacio, son el símbolo de la degradación moral de la patria. Como lo es otro tipo literario igual de amenazante: el elegante de "buen tono", que encarna a una clase dirigente que había perdido el carácter nacional y había adoptado las afeminadas costumbres transpirenaicas. La salvación del país, parece señalar Ayguals a sus lectores, sólo se conseguirá mediante la eliminación de estas influencias "femeninas", es decir, a través de una revirilización de la patria<sup>29</sup>.

---

27 Wenceslao Ayguals de Izco, *María, o la hija...*, tomo 2, pp. 67-68. Argumentos similares son apreciables en la mayoría de estos autores; por ejemplo, Eusebio Asquerino, *Un verdadero hombre de bien*, Madrid, Imp. de D. José Repullés, 1845, p. 62; Eusebio Asquerino y Eduardo Asquerino, *Un verdadero hombre de bien. Segunda parte*, Madrid, Imprenta de J. González y A. Vicente, 1848, p. 64; Juan Martínez Villergas, *Los misterios...*, tomo 3, pp. 18-21.

28 Wenceslao Ayguals de Izco, *María o la hija...*, pp. 75-82.

29 En este sentido, su discurso se asemeja al del radicalismo democrático italiano del Risorgimento, que

Para el radicalismo democrático, el liberalismo moderado parecía poner trabas, sin embargo, a este objetivo "regenerador" al limitar los derechos políticos de los españoles e impedir así que puedan realizarse plenamente como ciudadanos (y como hombres). En la literatura del radicalismo democrático, la virilidad se asocia con la acción política: ya sea preparando o apoyando levantamientos populares contra gobiernos injustos, cumpliendo con los deberes propios del buen miliciano o interviniendo activamente en la esfera pública a través de proclamas y discursos democráticos. La dejación de estas funciones se asocia siempre con personajes afeminados, y se considera impropia de los adultos. [105] En este sentido, puede resultar esclarecedor analizar la relación que con todo ello mantiene el joven Manuel, hermano menor de María en la saga de Ayguals de Izco. Manuel se enrola voluntaria y entusiásticamente a la milicia nacional, aunque para hacerlo debe ocultar a sus superiores su corta edad, que le impide todavía ingresar en sus filas. Su buen desempeño en la misma, su desenvoltura para comunicar en público sus ideas exaltadas y su participación en las insurrecciones populares —además de su capacidad para ganarse la vida por sí mismo, es decir, la obtención de un empleo—, irán marcando a medida que avanza el relato su progresivo paso de niño a hombre<sup>30</sup>. Desde este planteamiento, la limitación de los derechos políticos a la gran mayoría de los españoles impuesta por el liberalismo podía entenderse como atentatoria contra su plena

---

fue hegemónico hasta 1881; Silvana Patriarca, *Itali anità. La costruzione del carattere nazionale*, Bari, Laterza, 2010, pp. 3-37. *Sobre la nacionalización del lenguaje del honor en la Italia de este periodo*, véase Alberto M. Banti, *La nazione del Risorgimento*, Torino, Einaudi, 2000, pp. 139-148. Este objetivo de "revirilizar" la vida política española para regenerarla ayudaría a explicar, por otro lado, la fuerte resistencia que, desde esta cultura política, se opuso a la extensión de los derechos políticos a las mujeres, y que no estaba reñida con la defensa de otras formas de participación de las mismas en la esfera pública o en la de su instrucción en tanto que madres y educadoras de los "hijos de la patria"; Xavier Andreu Miralles, "Retratos de familia (nacional): discursos de género y de nación en las culturas liberales española

30 Wenceslao Ayguals de Izco, *María, o la hija...*, tomo 2, pp. 96-103 y 275-281. La participación en sociedades secretas o en conspiraciones, la ocupación simbólica del espacio público mediante desfiles, asonadas o gritos a la libertad que desafiaban el orden establecido, fueron fundamentales para los jóvenes revolucionarios de la España liberal en la afirmación de su masculinidad. El caso de Espronceda, quien con quince años, y tras intentar infructuosamente enrolarse en la milicia o en alguna sociedad patriótica, decidió crear la secreta Sociedad de los Numantinos (a la que pertenecieron también compañeros de cuitas estudiantiles como Vega, Escosura o Núñez de Arenas); o el de Salustiano de Olózaga, quien también con quince años dio su primer discurso parapetado sobre una mesa del Café de Lorencini tras urdir una revuelta estudiantil contra los frailes del convento donde estudiaba, son buenos ejemplos de esto; véanse, respectivamente, Robert Marrast, *José de Espronceda y su tiempo. Literatura, sociedad y política en tiempos del romanticismo*, Barcelona, Crítica, 1989, pp. 45-54; Isabel Burdiel, "Salustiano Olózaga: la res más brava del progresismo" en Manuel Pérez Ledesma e Isabel Burdiel (eds.), *Liberales eminentes*, Madrid, Marcial Pons, 2008, pp. 77-124.

realización como hombres, pero también como un obstáculo a la necesaria regeneración nacional. Un peligro cuya percepción se agudizó en los primeros años de la década moderada, cuando la milicia nacional, que había funcionado como un espacio fundamental desde el que integrar a las clases populares en la vida política española, fue disuelta por Narváez.

[106] La reivindicación de la milicia nacional es una constante en la literatura del radicalismo democrático<sup>31</sup>. Su misma existencia era fundamental para el proyecto político del primer republicanismo. En ella podía realizarse el ideal de la fraternidad (masculina) nacional<sup>32</sup>. En *María, o la hija de un jornalero* esta dimensión de la milicia es destacada reiteradamente. El matrimonio de María, de pobre condición, y Luis, marqués de Bellaflor, funciona como una metáfora de la unión nacional de todas las clases. Una metáfora que se complementa con la revelación de que los padres de ambos habían luchado juntos en la milicia y habían forjado en ella una estrecha amistad que permitió borrar todas las barreras sociales existentes entre ambos. Como exclama emocionado el marqués Luis de Mendoza (padre del protagonista, del mismo nombre) al reencontrarse con el obrero Anselmo, "soy tu coronel... ó por mejor decir tu antiguo camarada, tu hermano", tras lo cual se funde con él en un profundo abrazo<sup>33</sup>. La milicia actuaba pues, en opinión de los republicanos, como un espacio básico de homosociabilidad en el que los buenos ciudadanos podían reconocerse como iguales.

Ahora bien, el lugar que ocupa Anselmo en la milicia no es el mismo que el de "su" coronel. En *La marquesa de Bellaflor o el niño de la inclusa*, segunda parte de la saga de María, los hombres de la familia (incluido Manuel, que confirma así su condición de adulto) se reúnen para pasar un fin de semana alejados de sus mujeres. El ambiente de fraternidad masculina que reina en la quinta y que se visibiliza con el [107] disfrute compartido de diversiones que definen su hombría (bebida, tabaco, caza), se entrecruza

31 Especialmente en las novelas de Ayguals de Izco, quien participó de hecho como capitán de la milicia durante la guerra civil carlista, en la que perdió a su hermano Joaquín. Su novela-biografía *El tigre del Maestrazgo o de grumete a general*, Madrid, Sociedad Literaria, 1847-1848, es un canto a las virtudes del "combatiente patriota", cuyos rasgos resalta al compararlos con la acerba pintura del cabecilla carlista Ramón Cabrera.

32 Un ideal que encarnaba también el único representante del radicalismo democrático en las Cortes españolas durante la década moderada, el marqués de Albaida, José María Orense, de quien destacaban sus hagiógrafos republicanos su austeridad y su carácter campechano; Florencia Peyrou, "José María Orense: un aristócrata entre republicanos", en Manuel Pérez Ledesma e Isabel Burdiel (eds.), *Liberales eminentes*, Madrid, Marcial Pons, 2008, pp. 179-212.

33 Wenceslao Ayguals de Izco, *María, o la hija...*, tomo 2, p. 312.

con alusiones a la milicia y a las relaciones a la vez jerárquicas y de amistad existentes en su seno<sup>34</sup>. Como ha señalado Florencia Peyrou, los demócratas españoles temían a un pueblo ignorante, apático, indiferente y supersticioso, por lo que defendían su participación en la vida política pero a través de su encuadramiento en instituciones claramente jerarquizadas como la milicia. Esta autora señala, además, que estos miedos se extrapolaban al gobierno de las familias, lo que explica la decidida apuesta desde esta cultura política por reforzar en su seno la autoridad paterna<sup>35</sup>. En este sentido, cabe recordar que la masculinidad republicana no se fundaba sólo en el uso de las armas o en el ejercicio de los derechos políticos –espacios vedados a las mujeres–, sino también en la manera en la que los hombres debían relacionarse con ellas y gestionar sus sentimientos.

### *Lágrimas de emoción*

En el orden liberal, la identidad política de los ciudadanos –y su masculinidad– se construía desde su condición de padres de familia. Para ser reconocidos como tales los ciudadanos debían mostrar su capacidad para formar y gobernar un hogar. Los republicanos españoles compartieron en líneas generales el modelo de masculinidad doméstica del liberalismo europeo. El matrimonio debía ser el producto de la unión por *inclinación* –y no por *interés*– de un hombre y una mujer. La relación debía fundarse sobre el amor, el mérito y la virtud. Una vez casados, los cónyuges debían respetarse mutuamente, ejerciendo cada uno en la sociedad y en el hogar los papeles complementarios que la *naturaleza* supuestamente les prescribía<sup>36</sup>. Se esperaba de la mujer que aportase a la familia aquellas virtudes que le eran propias y que debían hacerse extensivas más allá del hogar. En este sentido, los demócratas [108] consideraban, como buena parte del progresismo, que los valores femeninos –como, por ejemplo, su *natural* predisposición para empatizar con el dolor ajeno– servirían a la mejora de la sociedad en su conjunto. Fue por ello por lo que en la España posrevolucionaria fueron estos quienes más insistieron en mantener vivas las políticas

---

34 Wenceslao Ayguales de Izco, *La marquesa de Bellaflor o el niño de la inclusa*, Madrid, Sociedad Literaria, 1847-1848, vol. 2, pp. 165-175.

35 Florencia Peyrou, "Familia y política...", p. 160.

36 Florencia Peyrou, "Feminidad y masculinidad...".

filantrópicas que se habían ensayado en la década revolucionaria y en las que las mujeres podían y debían cumplir un papel destacado<sup>37</sup>. La baronesa del Lago, en *María, o la hija de un jornalero*, o la propia María en *La marquesa de Bellaflor* son modelos paradigmáticos de esta mujer respetable que se desvive por los más desfavorecidos. Ahora bien, la mayor exposición al contacto con otros hombres que implicaba esta participación filantrópica en la esfera pública podía resultar peligrosa. Luis de Mendoza vive constantemente atormentado por los celos que, aunque infundados, nacen de la íntima relación que mantiene María con el cura Don Claudio, a quien intenta ayudar en su infortunio. Para evitar estos males, parece sugerir Ayguals de Izco, la solución no pasa por volver a recluir a la mujer en el hogar, sino en que todo matrimonio se funde en una relación franca y sincera entre los cónyuges<sup>38</sup>. Son la falta de comunicación y la ocultación de los sentimientos los que provocan siempre, en estas novelas, desazón entre dos esposos que se aman profundamente.

[109] Ahora bien, en la novela social del radicalismo democrático, la sentimentalidad no es patrimonio exclusivo de las mujeres<sup>39</sup>. La desbordante virilidad del hombre que arrostra todos los peligros en defensa de su honor o de su patria, no está reñida con una emotiva exaltación de sus sentimientos más íntimos. Se muestra igual de dispuesto a verter su sangre que sus lágrimas. En la "comunidad emocional" del primer republicanismismo, los hombres aman apasionadamente, son tiernos con sus hijos y no

---

37 Lo que abrió un espacio desde el que se pudo articular un feminismo liberal; María Cruz Romeo, "Juana María de la Vega, condesa de Espoz y Mina: Por amor al esposo, por amor a la patria" en Isabel Burdiel y Manuel Pérez Ledesma (coords.), *Liberales, agitadores y conspiradores. Biografías heterodoxas del siglo XIX*, Madrid, Espasa, 2000, pp. 209-238; Mónica Burguera, *Las damas del liberalismo respetable...*

38 Como reconoce finalmente María: "entre dos corazones que se aman no cabe la menor reserva. Ahora veo que cometí una falta gravísima", no haberle explicado todo a su esposo sobre el pasado de Paquita, lo que motiva que éste empiece a recelar de su inocencia; Wenceslao Ayguals de Izco, *La marquesa...*, tomo 2, p. 398. Por su parte, la condena de costumbres como el "cortejo" o el "chichisbeo", consideradas también prueba de la degradación moral y del afeminamiento de la patria, es también contundente; Wenceslao Ayguals de Izco, *María, o la hija...*, tomo 1, pp. 155, 193 y 225. Sobre la importancia de la crítica a estas conductas en el discurso liberal-patriótico italiano del Risorgimento, véase, Roberto Bizzocchi, *Cicisbei. Morale privata e identità nazionale in Italia*, Bari, Laterza, 1997.

39 Como ha destacado Andrew Ginger, muchos de estos autores consideraban de hecho que los valores atribuidos a la femineidad debían también participar del nuevo modelo de sujeto (masculino) liberal; Andrew Ginger, "¿Un yo moderno para España? c. 1830-c. 1860", en Alda Blanco y Guy Thomson (eds.), *Visiones del liberalismo. Política, identidad y cultura en la España del siglo XIX*, València, Publicacions Universitat de València, 2008, pp. 121-136.

dudan en abrazar amorosamente a sus padres o amigos<sup>40</sup>. En un discurso de ecos rousseauianos, se parte de la convicción de que el ser humano es un ser emocional, cuya salud depende de la libre y correcta expresión de sus sentimientos. Sin embargo, se es plenamente consciente de lo peligrosos que pueden llegar a ser sus excesos y de lo fácil que es dejarse arrastrar por ellos: ni siquiera la pareja protagonista de *María, o la hija de un jornalero* escapa a repentinos ataques de insania en los que están a punto de perderlo todo. De hecho, son decenas los personajes de las novelas sociales del primer republicanismo, masculinos o femeninos, que caen sistemáticamente enfermos a causa de su inestabilidad emocional. Entre ellos, el virtuoso cura Don Claudio, cuyas decadencia y agonía vienen marcadas por el recuerdo de la acción tiránica de unos padres que le apartaron en su juventud del objeto de su amor, y por la ilógica condición de hombre a quien la Iglesia obliga a tomar unos votos contrarios a su naturaleza. La solución no es para los demócratas, no obstante, reprimir o negar estas pasiones, sino regularlas y vigilarlas, de modo que puedan servir como base del nuevo orden social y político. El más activo desfacedor de entuertos de la saga de Ay[110]guals de Izco es el médico Antonio de Aguilar, cuyas celebradas dotes profesionales consisten fundamentalmente en su tino al tratar lo que podríamos denominar "males del corazón". Su arte consiste en conocer y hacer fluir en la dirección correcta los sentimientos amorosos. Es decir, encarna la razón que es capaz de regular y ordenar los instintos<sup>41</sup>.

Para los demócratas, por otro lado, estos sentimientos tampoco deben quedar simplemente encerrados en el ámbito doméstico. En su opinión, lo que se necesita es, en primer lugar, aprender a ordenar y regular las pasiones, algo que pasa necesariamente por la educación patriótica y sentimental que se recibe en el hogar<sup>42</sup>. En este sentido, su

---

40 La noción de "comunidades emocionales" resulta más útil que la de "régimen emocional" de William Reddy en tanto que supera la perspectiva homogeneizadora y, en ocasiones, poco anclada en el contexto histórico de este autor, en Barbara H. Rosenwein, *Emotional Communities in the Early Middle Ages*, Ithaca & London, Cornell University Press, 2006, pp. 1-31.

41 En este sentido, Ayguals se acerca al "espiritualismo racional" (o "eclecticismo", como sería más conocido) de Victor Cousin, a quien cita elogiosamente en su obra. Sobre las ideas de este autor, que propuso en la Europa posrevolucionaria combinar tradición sensista y racionalismo, y que señaló que las emociones sólo podían ser consideradas auténticas cuando no se centraban en la satisfacción de los propios sentimientos, sino en la evaluación racional del bien que comportaban a los demás, véase, William Reddy, *The Navigation of Feelings...*, pp. 218-224.

42 Véase a este respecto, por ejemplo, el cuento de Wenceslao Ayguals de Izco, "Tic-Tac", en Wenceslao Ayguals de Izco y Juan Martínez Villergas, *El cancionero del pueblo*, Madrid, Sociedad Literaria, 1844, tomo 3, pp. 113-176. En este cuento, por cierto, es también un médico quien consigue curar de sus males emocionales a un joven republicano que se debate entre el amor a su amada y el que le debe



modelo de masculinidad se asemeja al del "hombre de bien" ilustrado de finales del siglo XVIII, cuyos rasgos habían sido definidos en contraste con el que fuera su antimodelo: el aristócrata ocioso y libertino, otro protagonista destacado de las novelas del radicalismo democrático<sup>43</sup>. El amor entre Tiburcio y Carlota, los protagonistas de *Un verdadero hombre de bien. Segunda parte* de Eusebio y Eduardo Asquerino, se distancia claramente del ideal romántico. Como señala Carlota, "De un esposo la pasión / no es del delirio amoroso / el ansia calenturienta; / mas constante, aunque [111] mas fría, / es luz cándida que guía, / y sin abrasar caliente". De hecho, no duda tampoco en burlarse del amor exaltado de *Los amantes de Teruel*: "Por un refrán son llamados... / (...) Tonta ella, y tonto él"<sup>44</sup>. Más que una pasión exaltada, Asquerino aboga por un amor sincero y bien dirigido que prepare al hombre privado para saltar a la arena pública con todas las garantías. No sólo porque de este modo actuará con criterio e independencia, sino porque una vez regulados por la razón, los sentimientos tendrán también un papel positivo en la acción política. Eso mismo exigían para Francia, aquellos mismos años, Eugène Sue o George Sand; o para España, las novelas sociales del radicalismo democrático. A través de un lenguaje plagado de referencias religiosas en el que se reverencia la máxima evangélica del amor al prójimo, demandaban a los gobiernos medidas que fueran capaces de paliar el sufrimiento en el que vivían las clases trabajadoras españolas.

Quizá por todas estas razones los demócratas fueron más estrictos que otras culturas políticas en el vínculo que establecieron entre moral privada y virtud pública. Como ha señalado María Cruz Romeo, el "hombre doméstico" del discurso liberal estaba atravesado por grandes contradicciones. Por un lado, debía aceptar el nuevo lugar que otorgaba el liberalismo a la mujer en el seno familiar en tanto que "ángel del hogar"; por el otro, debía probar a sus pares su virilidad mediante la conquista y el dominio del

---

a su padre.

43 Para este modelo dieciochesco de masculinidad, véase, Mónica Bolufer, "'Hombres de bien': modelos de masculinidad y expectativas femeninas, entre la ficción y la realidad", *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo* 15 (2007), pp. 7-31. También, Álvaro Molina, *Mujeres y hombres en la España ilustrada. Identidad, género y visualidad*, Madrid, Cátedra, 2013, pp. 173-218. La expresión "hombre de bien" es reiteradamente utilizada en las novelas sociales republicanas de los años 1840. Eusebio Asquerino la hizo suya también en las dos partes de su comedia *Un verdadero hombre de bien* (1845 y 1848).

44 Eusebio Asquerino y Eduardo Asquerino, *Un verdadero hombre de bien. Segunda parte*, Madrid, Imprenta de J. González y A. Vicente, 1848, pp. 17 y 43.

"sexo débil". Es decir, mediante la exhibición de un cierto "donjuanismo". El resultado fue una "doble moral" ampliamente extendida entre la sociedad española de mediados del siglo XIX. Si bien se prescribía como fundamental para el buen funcionamiento de la política y para el mantenimiento de un correcto orden social a un ciudadano-esposo ejemplar, los vicios privados podían ser perdonados. Incluso podían ser considerados claves, especialmente entre los progresistas, para quienes "ser un hombre era hacer ostentación de una masculinidad agresiva, alardear de una libertad descarada"<sup>45</sup>.

[112] Al subrayar la identificación directa entre virtudes públicas y privadas, el modelo de masculinidad republicano cuestionaba en cierto modo esta "doble moral" imperante<sup>46</sup>, aunque no escapaba a sus contradicciones. Como se ha indicado anteriormente, en su opinión la transformación de la patria pasaba por la existencia de una masculinidad virilizada que, en buena medida, se definía en función de la capacidad de los hombres para seducir y conquistar a las mujeres. ¿Cómo aceptar entonces su presencia, o la de aquellos valores asociados a la feminidad, en la esfera pública? En mi opinión, el radicalismo democrático resolvió este dilema estableciendo una clara diferenciación entre las conductas juveniles (prenupciales) y las adultas, y negando el carácter nacional del "donjuanismo".

En los textos escritos por autores pertenecientes a esta cultura política, los hombres casados que engañan a sus mujeres son condenados duramente. Su falsedad e hipocresía prueba que no se puede confiar en ellos para los asuntos públicos<sup>47</sup>. Como ya he

---

45 María Cruz Romeo, "Domesticidad y política...". Con todo, como señala también esta autora, desde el liberalismo se formularon diversos modelos de "hombre doméstico". La singular propuesta presente en algunas de las comedias más exitosas de Manuel Bretón de los Herreros, estudiadas por María Sierra, es un buen ejemplo de ello; María Sierra, *Género y emociones...* Este fenómeno ha sido ampliamente estudiado para la Inglaterra victoriana por, John Tosh, *A man's place...*

46 María Cruz Romeo, "Domesticidad y política...", pp. 126-127.

47 No obstante, sí siguen una "doble moral" respecto a las consecuencias que tienen para las mujeres y los hombres estos comportamientos. Las primeras deben resignarse a los desvíos de sus maridos, mientras que estos (a quienes se supone una *natural* predisposición a caer en la tentación amorosa) se ven legitimados incluso, en caso contrario, a hacer uso de la violencia contra sus esposas. La baronesa del Lago, un modelo de mujer virtuosa que sufre paciente y dolorosamente en *María, o la hija de un jornalero* los engaños de su marido, es una buena prueba de lo primero. Como explica la baronesa a Luis de Mendoza en *María*, el estar buscando siempre nuevos amores es "el defecto que tienen ustedes todos los hombres, y hay que pasar por ello", las esposas lo que deben hacer es aguantar y tratar de "enseñarles la buena senda no desviándonos jamás de la virtud"; Wenceslao Ayguals de Izco, *María, o la hija...*, tomo 1, pp. 313-314. Unas palabras que contrastan con las vengativas reflexiones de un Luis de Mendoza que planea asesinar a María al sospechar erróneamente su infidelidad –o de Anselmo, su padre, al creerla deshonrada; Wenceslao Ayguals de Izco, *La marquesa...*, tomo 1, p. 274 y 342. La violencia conyugal contra las mujeres no empezaría a ser cuestionada de forma contundente

señalado, su figura re[113]cuerda mucho a la del aristócrata libertino de la literatura sentimental del siglo XVIII<sup>48</sup>. Pero, además, son excluidos simbólicamente de la comunidad nacional: el objeto de su traición no son sólo sus esposas, sino la patria entera. Su "afrancesamiento" se destaca especialmente a través del lenguaje del que hacen uso y mediante sus prácticas sociales y amorosas, consideradas afeminadas y extrañas a las costumbres nacionales. La exaltación viril y patriótica de los protagonistas contrasta de este modo con unos personajes que se vinculan con las clases dirigentes (la "oligarquía", en el lenguaje político del primer republicanismo) y que amenazan con vender la libertad e independencia nacionales. A menudo, por ello, son personajes plebeyos alejados de la corte y fieles a las costumbres patrias quienes mejor encarnan los valores masculinos y nacionales. Sería el caso del aragonés Diego Mendoza en el drama histórico *Espanoles sobre todo* de Asquerino, o el del asturiano Tiburcio en su comedia *Un verdadero hombre de bien*. En los dos casos se trata de hombres francos, llanos y sencillos, que no encajan de ningún modo en una corte en la que predominan el engaño, las mentiras y el oropel. Se definen además por su carácter laborioso y por su buen hacer en la gestión de sus negocios, contribuyendo así a la prosperidad nacional. Poco apegados al poder, sólo se deciden a participar en la vida pública cuando ven amenazada la independencia nacional o cuando se lo exigen insistentemente sus compatriotas. Si la nación, su honor o el de una doncella se hallan en peligro, se transmutan en valientes caballeros que no dudan en aprestarse a su defensa. No obstante, sólo desean resol[114]ver rápidamente los acuciantes problemas que aquejan a España para volver a una vida tranquila y alejada de la corte. Su franqueza y transparencia son las que guían también su relación con las mujeres, antes y

---

hasta las primeras décadas del siglo XX, como ha estudiado Nerea Aresti, *Masculinidades en tela de juicio. Hombres y género en el primer tercio del siglo XX*, Madrid, Cátedra, 2010. El médico Antonio de Aguilar, de hecho, reconoce que el derecho a dar muerte a las mujeres infieles ha sido establecido por "los mismos sabios legisladores, las mismas leyes autorizan esto, que no debe llamarse venganza, sino justicia de un marido ultrajado; pero esto en ciertos casos, y cuando no admite duda el ultraje"; Wenceslao Ayguals de Izco, *La marquesa...*, tomo 1, p. 436.

48 En *La marquesa de Bellaflor*, de hecho, el condesito del Charco y sus compañeros son calificados como modernos Lowelaces, en relación con el famoso protagonista de la *Clarissa Harlowe* de Samuel Richardson. El propio Ayguals tradujo en 1846 esta novela a partir de una versión francesa; Sylvie Baulo, *La trilogie romanesque d'Ayguals de Izco. Le roman populaire en Espagne au milieu du XIXe siècle*, Paris, Presses Universitaires du Septentrion, 1998, pp. 49-53. A diferencia de Richardson, sin embargo, Ayguals permite al condesito del Charco, una vez arrepentido, reparar su falta casándose con su amada Paquita.

después del matrimonio, y las que aseguran que su actuación pública seguirá esos mismos principios.

No obstante, cuando se trata de juzgar las conductas de hombres jóvenes, el republicanismo se muestra más ambivalente. En la literatura vinculada con esta cultura política, quienes buscan acceder al mundo de los adultos prueban su masculinidad mediante la relación galante con las mujeres, que es aceptada siempre que no se atente, eso sí, contra su honor<sup>49</sup>. Se perdonan incluso sus "calaveradas" cuando son entendidas como propias de la edad y parte de su educación sentimental como hombres (aunque estas mismas actitudes son impensables para las mujeres jóvenes). El protagonista de la saga de María, Luis de Mendoza, aparece por primera vez en la novela requiebrando a la joven, y es descrito como un "tronera en demasía en tratándose de galanteos. Todas las mugeres le gustaban, y á todas dirigia piropos", con lo que Ayguals subraya su virilidad. Una vez casado, sin embargo, es un modelo de buen esposo. De hecho, se establece una relación entre uno y otro hecho: "es muy frecuente que cuando llegan á apasionarse de veras los que divagaron en sus pueriles amores, como la mariposa que acaricia á todas las florecillas del pensil, sin fijarse en una sola, suelen ser modelo de lealtad y firmeza"<sup>50</sup>.

Ahora bien, si los protagonistas de estos comportamientos son hombres adultos y casados, la sátira es inmisericorde. La preocupación por los efectos que el "donjuanismo" podía tener sobre la sociedad ocupa un lugar muy destacado en *La marquesa de Bellaflor*, en la que Ayguals de Izco dedica cientos de páginas a reflexionar sobre las consecuencias [115] para la sociedad de la existencia de estos libertinos<sup>51</sup>. Como ya he señalado, lo más característico en la caracterización de estos personajes es la extranjerización de sus comportamientos, considerados ajenos a la masculinidad nacional<sup>52</sup>. El conde del Rosal, por ejemplo, encarna el tipo de una élite social y política

49 Puede resultar ilustrativa la relación del "pilluelo" de Madrid con su salerosa Zoila, en la novela de, Alfonso García Tejero, *El pilluelo de Madrid*, Madrid, Sociedad Literaria, 1844.

50 Wenceslao Ayguals de Izco, *María, o la hija...*, tomo 1, pp. 19-21; y *La marquesa...*, tomo 1, p. 37.

51 Al menos entre los republicanos, por tanto, la crítica a estos comportamientos masculinos se produciría ya desde mediados del siglo XIX, mucho antes de que, como ha estudiado Nerea Aresti, la lucha contra el "donjuanismo" se convirtiera en una cuestión central en el debate público sobre la masculinidad en España; Nerea Aresti, *Médicos, donjuanes y mujeres modernas. Los ideales de feminidad y masculinidad en el primer tercio del siglo XX*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2001, pp. 115-161.

52 En la prensa satírica democrática en la que participó Ayguals activamente aquellos años, abundan también las alusiones a este afeminamiento de los franceses en general y de quienes adoptan sus

afrancesada y corrompida que amenaza con hundir a la patria al anteponer al bien común sus pasiones innobles y sus mezquinos intereses. Este elegante de "buen tono" tuvo su réplica en la prensa costumbrista de las décadas centrales del siglo XIX en otro tipo literario que desbordaba hombría y españolidad, una especie de "majo" (armado de navaja, capa y sombrero calañés) asociado con lo "nacional-popular" y en cuya defensa se alzó principalmente el radicalismo democrático en la España de la década moderada<sup>53</sup>. Por [116] su parte, el compañero de cuitas del conde del Rosal, el joven condesito del Charco, educado en París y enamorado de todo lo francés, se nos aparece al principio como un auténtico "don Juan"<sup>54</sup>. Su preocupación exclusiva es la de satisfacer sus instintos sexuales y materiales. Se jacta, especialmente, de una "calaverada": el haber deshonrado a Paquita y el haberla abandonado a su suerte al enterarse de su embarazo. Sin embargo, el joven acabará siendo reformado, como el Tenorio de Zorrilla, tras reconocer las virtudes de Paquita y enamorarse de ella. Su metamorfosis no se produce, sin embargo, tras una iluminación repentina, sino de forma pausada y bajo la tutela de la propia Paquita. Esta se encargará de modelar sus costumbres y de enseñarle a dirigir sus pasiones en un proceso que es paralelo al abandono progresivo de sus dejes y modales afrancesados. Tras echarle en cara que su afectación "que nos ha traído usted de Francia, es una flor exótica que no debe

---

costumbres; véase, por ejemplo, Wenceslao Ayguals de Izco, "Modistas-machos. Artículo bilingüe", *El Fandango*, 15-VII-1845, pp. 125-126. Por el contrario, el español es galante, valiente y enamorado, capaz de hacer cualquier cosa por su dama y de afrontar todo tipo de peligros. Ayguals de Izco viste a Luis de Mendoza de torero y le hace saltar a la plaza para demostrar la verdad de este supuesto tipo nacional; Wenceslao Ayguals de Izco, *María, o la hija...*, tomo 1, pp. 246-256.

53 En revistas como *El Fandango* (1844-1846) o *El Dómine Lucas* (1844-1846), ambas de Ayguals de Izco y Martínez Villergas. Sobre la articulación en estos años de un discurso movilizador que identifica los valores republicanos con lo "nacional-popular" véase, Xavier Andreu Miralles, "El pueblo y sus opresores": populismo y nacionalismo en la cultura política del radicalismo democrático, 1844-1848", *Historia y Política*, 25 (2011), pp. 65-91. Este hombre *crío* de acento andaluz y que derrama valentía y virilidad en artículos de costumbres, comedias y poesías cargadas de versos picantes (cuando no soeces), dirige su lengua viperina o su navaja fundamentalmente contra extranjeros faltos de espíritu que pretenden a su "morena" o contra lechuguinos afeminados que se afanan en abandonar tanto su condición de hombres como de españoles. A través de estos personajes los escritores realizaban un ejercicio de ventriloquía que les permitía hacer uso de un lenguaje jocoso que rebasaba los límites de lo "respetable" y desde el que establecían una suerte de relación de complicidad con sus pares masculinos. No obstante, estos personajes no dejan de ser representados como "excesivos" (en su trato violento hacia las mujeres, por ejemplo), y no son tampoco prescritos como normativos. Véanse, al respecto, los muchos que retrata Ayguals de Izco en sus novelas (como el tío Gazpacho) o los malvados bandoleros (Malacara, Tragalobos) de *Los misterios de Madrid* de Martínez Villergas.

54 Así le llama, por ejemplo, Don Bonifacio; Wenceslao Ayguals de Izco, *La marquesa...*, tomo 1, p. 56.

aclimatarse en la patria de Velarde y de Daoiz", le deja claro qué quiere de él si pretende su mano: "Que varíe usted enteramente su conducta... que renuncie á la amistad de cuantos libertinos le rodean, que abandone esa afectación ridícula con que se hace el parisiense..."<sup>55</sup>. Su transformación se hace coincidir, además, con su llegada a la madurez, y sólo se completa, como la restitución completa del honor de Paquita, mediante el matrimonio con su amada. En relación con el debate que en aquellos años se estaba produciendo a propósito del *Don Juan* de Zorrilla, y que he esbozado en las primeras páginas de este texto, Ayguals parece señalar en su novela que los excesos románticos y revolucionarios del pasado fueron debidos a componentes extraños, importados sobre todo desde el otro lado de [117] los Pirineos. Ahora bien, una vez libre de estas impurezas, no habría nada de qué arrepentirse, a sus ojos, de una tradición revolucionaria que era también la más nacional.

### **Conclusiones**

En la década de 1840 y tras dar por cerrada definitivamente la revolución liberal, el moderantismo se propuso la reconstrucción de un orden social y político cuyos fundamentos, en su opinión, se habían visto peligrosamente socavados en la década anterior. Redefinir los atributos del "buen ciudadano", así como el modelo de masculinidad sobre el que debía este asentarse, pasó a ser prioritario. Parecía urgente, quizás, neutralizar un modelo de masculinidad que había sido invocado y movilizado activamente durante la revolución liberal. Este modelo, el de un ciudadano políticamente activo y vigilante, debía ser sustituido por otro que insistiese en las obligaciones domésticas de un padre y esposo respetable —al que, por otra parte, podían disculpársele ciertas veleidades propias de su sexo—: un "hombre doméstico" que sirviese a su patria no tanto con las armas sino con su trabajo y su esfuerzo.

No obstante, aunque este modelo se prescribiera como normativo desde las instancias oficiales, o desde un campo cultural que empezaba a consolidarse bajo la égida moderada, no era el único disponible en la España posrevolucionaria. Desde la cultura política del radicalismo democrático, se propuso un modelo que, aunque coincidía en muchos aspectos con otras propuestas liberales, especialmente con las progresistas, se

---

<sup>55</sup> Wenceslao Ayguals de Izco, *La marquesa...*, tomo 1, pp. 310-311.

distinguía de estas por su mayor fidelidad a la tradición revolucionaria. En primer lugar, defendía un ideal de hombre política y militarmente activo, capaz con su energía varonil de regenerar (revirilizar) una nación percibida en vías de corrupción y afeminación. Un proceso este último que se expresa también a través de otra figura recurrente en la literatura del radicalismo democrático: el hombre íntegro que, como el Lorenzo de la segunda parte de *Un hombre de bien* de los hermanos Asquerino, reniega de sus ideas y de sus viejos camaradas y se deja seducir por las maneras afrancesadas de una elite política hipócrita y egoísta. A su vez, este modelo era compatible con la aceptación y celebración [118] de la dimensión sentimental de la naturaleza masculina. Aunque preocupados por los efectos perturbadores que sobre el orden social podía provocar el dar rienda suelta a las pasiones humanas, consideraban que tampoco podía gobernarse sin ellas. Lejos de recluirlas en la esfera privada, los demócratas eran partidarios de educarlas y, de este modo, orientarlas racionalmente en beneficio de la sociedad en su conjunto.

Queda por estudiar hasta qué punto estos modelos de masculinidad propuestos desde la literatura democrática contribuyeron a regular o no las conductas de los hombres de la España de mediados del siglo XIX –o, en un sentido inverso, como éstas condicionaron a aquéllos. En cualquier caso, sí pueden intuirse algunas de las consecuencias que pudieron tener para la evolución futura de esta cultura política. La persistencia de este ideal de ciudadano revolucionario, presto a tomar las armas y a hacer batir los tambores de la insurrección, dificultó sin duda la integración del republicanismo en el nuevo Estado liberal. Además, debió actuar como un freno en el intento de encauzar electoralmente las energías de sus seguidores. Por otro lado, el ideal de un hombre sentimental cuya realización pasaba por empatizar con el dolor ajeno y participar en la esfera pública con el objeto de aliviarlo, contribuyó sin duda a que "lo social" ocupase un lugar cada vez más destacado en la agenda política del radicalismo democrático.